

Si somos la España de la mentira política, de la injusticia económica, del humorismo y de los toros, somos también la España que abre sus brazos á un hombre de alientos, maestro de nuestra historia, vástago ilustre de una comunión de regeneradores del alma nacional que no hallaron todavía medio propicio al desarrollo de los gérmenes que han de formar en el porvenir patria nueva.

(*Heraldo de Madrid*, 3 Abril de 1910.)

III

Conferencia pronunciada en la Unión Ibero-Americana de Madrid el día 14 de Abril de 1910.

(ORGANIZACIÓN PRÁCTICA DE LAS RELACIONES INTELLECTUALES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA)

Señoras y señores:

.....
.....
Yo hubiera deseado que mi conferencia aquí hubiese comprendido la totalidad de los puntos que pueden interesar al público español respecto de mi viaje á América; pero esto era tarea enteramente imposible, porque entonces la conferencia hubiese necesitado varios días, de los que yo carezco en este período de mi estancia en Madrid; y de otra parte, como ya manifesté en el Ateneo, la fatiga natural, que compeederán todos, á que están sometidas mis fuerzas, á pesar de la reacción que procuro hacer continuamente, me impide un trabajo prolongado, y esto hubiera sido

siempre óbice á mis deseos en el sentido que acabo de manifestar. Por tal motivo, he tenido que dividir la relación de mis excursiones en dos partes. Una de ellas fué la que constituyó la materia de mi conferencia de ayer en el Ateneo; y como quiera que parte del público que me honra escuchándome y que ha tenido la bondad de venir esta noche, no pudo oír la conferencia aquélla, y como, por otro lado, la de hoy es como una continuación de la del Ateneo, yo creo de necesidad el hacer un resumen de lo que ayer dije, para enlazar perfectamente los dos términos de la cuestión.

Se puede resumir la conferencia de ayer en el Ateneo, en estos puntos que voy á indicar. Hice notar, en primer término, la generalidad del movimiento producido en América inmediatamente que comenzó el delegado de la Universidad de Oviedo á realizar la misión que le había sido encomendada; esta misión se reducía, por condiciones que eran inexcusables y de prudencia elemental en la Universidad de Oviedo, se reducían, digo, según la intención del Rector y del Claustro, á entablar relaciones con los centros docentes análogos de América, y á no salir de la esfera puramente universitaria; pero de tal manera se abrieron ante el paso del delegado de la Universidad de Oviedo, espontáneamente, las colectividades todas de las naciones hispano-americanas en sus varias manifestaciones sociales, que él hubo de extender su acción necesariamente á to-

dos aquellos sitios en donde se demandaba la presencia del profesor español. Así pudo hacer constar en la conferencia de ayer que todos, absolutamente todos, desde los profesores universitarios (á quienes preferentemente se había de dirigir), hasta las últimas clases sociales; los estudiantes, como las entidades educativas aparte de la Universidad; los obreros; las sociedades que se ocupan de los problemas de la cultura y del problema económico; las colectividades españolas; los niños de las escuelas y el personal docente primario; el elemento militar, como el eclesiástico; todas las representaciones sociales, en fin, de los diferentes pueblos americanos visitados por mí, pidieron que se extendiera la acción de la Universidad de Oviedo á cada una de ellas, y eso pudo realizarse afortunadamente.

Por otra parte, fué nota también (juntamente con esta difusión del movimiento, que hizo salir al delegado de la Universidad ovetense de su centro propio universitario para dar á su misión un carácter ampliamente social) la del sentido de españolismo, que en unos sitios no hizo más que encontrar motivo para expresarse (porque estaba tan á la superficie y tan vivo, que no necesitaba sino una ocasión para salir afuera), y en otros puntos fué como un renacimiento de cosas que estaban dormidas y latentes, esperando una ocasión para surgir. Este españolismo se significó singularmente, en el respecto que ahora indico, como un movimiento sentimental, como una re-

novación del lazo de amor y de afecto de los hijos de España hacia la madre patria: era el cariño, era el respeto, era la consideración hacia el pueblo que había infundido en aquellos países, en aquella tierra de América, los principios de la civilización europea occidental, y que, á pesar de las diferencias políticas y de las luchas sobrevenidas hace un siglo, no ha borrado la huella de su paso en aquellos corazones, los cuales, individual y colectivamente, se sienten todavía como hijos, y como hijos que están dispuestos á olvidar todas aquellas cosas que pudieran producir resquemor con respecto á la madre, y se acogen ansiosa y fervorosamente á ella, ya que, cumpliendo con un deber incumplido durante cien años, tendía ahora francamente su mano amiga á las jóvenes naciones nacidas de su seno. (*Muy bien, muy bien.*) Así hubo manifestaciones en el viaje como aquellas que recordaba en mi conferencia de ayer; como aquel hecho de que, en alguna parte, los españoles avencidados desde hace mucho tiempo me dijese (y eran testigos de mayor excepción) que por primera vez, desde largísimos años que se acercaban al siglo, por primera vez se gritaba en aquellos sitios ¡Viva España!

Otra de las manifestaciones que yo quiero recordar en este instante, porque no lo hice ayer, fué aquella grandiosa, verdaderamente emocionante, con que me despidieron los estudiantes cubanos en el momento de salir para España. Era el anochecer; los estudiantes habían fletado un

vaporcito para acompañar al trasatlántico hasta la salida de la bahía, y cuando las sombras de la noche hicieron imposible que nos viésemos, resonó como un cántico, en el cual se expresaba el deseo de hermanar nuevamente los dos países (y resonó entonado por aquellos estudiantes en quienes residía el resquemor más vivo respecto de España), resonó, digo, el canto de la Marcha Real juntamente con el canto de la Marcha nacional cubana. (*Muy bien, muy bien.*) Y á la vez que de este modo herían mis oídos las notas que representaban á mi patria ausente y aquellas que representaban á la nueva nacionalidad cubana, sentida y querida por todos nosotros y por cuya independencia eterna hice votos en nombre de la nación española (sabiendo que en aquel instante interpretaba los sentimientos de todos los españoles), al mismo tiempo que esto ocurría, ellos pedían luz, pedían que se iluminase la banda del vapor, para que la cara del profesor español fuese vista hasta los últimos momentos y recibiese el saludo de los estudiantes cubanos. (*Aplausos.*)

A la vez que ésta, ha sido nota también distintiva de mi viaje, y yo la recordaba el día de ayer, el despertamiento del sentido de unidad de la civilización que ha fundido desde un principio y ha dado una misma dirección, una misma orientación en la vida, á todos los pueblos de tronco hispano. Y era, no sólo el movimiento intelectual y el cariño á la vieja patria, cualquiera que fuese su representación; era también, como digo, la

idea, la iluminación nueva en la conciencia, de algo común que hay entre unos y otros, y de que ese algo común constituye el primer deber de tutela, de vigilancia, de conservación, en todos los elementos que, procedentes del mismo tronco y con aquel sentido de unidad en los ideales primeros, desean el nacimiento de órganos de acción común y de colaboración en diversas direcciones de la vida, en forma que cada uno de los pueblos aporte, en la medida de sus fuerzas, los medios necesarios para acentuar, fortalecer y difundir el sentido característico de la civilización hispana contra toda absorción y toda posible desfiguración por obra de elementos extraños.

Por último, señoras y señores, hubo otra cosa que resultó de una manera directa de las conferencias y de las manifestaciones que hube de hacer en todas partes; porque yo iba á hablarles allí, no tan sólo del intento de establecer relaciones entre Claustro y Claustro, sino también de la moderna España, de la nueva y trabajadora España, que desea cultura, que anhela trabajar y ponerse al nivel de los pueblos progresivos y europeos; y esa España era para muchas de aquellas gentes una España desconocida, una España velada por la leyenda, de la cual no tenía noticia ninguna, porque estaban acostumbradas á ver nuestro país á través de una representación puramente fantástica, bajo una forma imaginativa y deprimente, infundidas ambas por las relaciones de viajeros y de escritores extranjeros, que

no siempre han mirado á España con la suficiente serenidad.

Esa visión de la España resurgida, de la España nueva, obró inmediatamente como un reactivo en aquellos países, y estableció una justa esperanza, una confianza generosa de que existe en nosotros algún título para llamar á la puerta de los pueblos hispano-americanos, y que este título es suficiente para recibir á sus representantes como colaboradores en la formación del espíritu americano. Había, en efecto, como digo, muchas leyendas respecto de nuestra actuación intelectual, de nuestra manera de ser relativamente á la cultura. La existencia de esas leyendas y el desvanecimiento de ellas, puede expresarse perfectamente en estos dos hechos: de una parte, en la frase final, en la frase de los últimos días que oí repetidas veces de labios de profesores argentinos, y entre ellos, de labios del mismo Ministro de Instrucción pública, que decía lo siguiente, refiriéndose de un modo especial á los tratadistas de Derecho y de Ciencias sociales é históricas: «Hasta ahora no leíamos libros españoles, porque creíamos no tener nada que aprender en ellos; pero desde que usted nos ha dicho cómo se trabaja allí y nos ha revelado nombres desconocidos para nosotros, los libros españoles formarán una parte integrante de nuestras bibliotecas.» De igual manera que escuché esto en la República Argentina, como resultado de mi trabajo de propaganda, de difusión de los buenos

deseos y de las obras ya realizadas en la España actual, tuve la satisfacción de ver en Méjico, por ejemplo, que personas que se habían apartado sistemáticamente del cultivo y trato de los textos y libros españoles, creyendo que ellos podían representar tendencias contradictorias del espíritu de los tiempos modernos, después de las conferencias en que hablé de la moderna literatura científica española, pidieron inmediatamente los libros que rechazaban antes.

Señoras y señores: á esto (decía yo, terminando ayer mi conferencia), á esto hay que responder, y mi respuesta sería así: tan insensato es creer que lo podemos todo, como lo sería creer que no podemos nada. Nosotros debemos proceder en nuestra política americanista de orden intelectual, y en todas las consecuencias que ella pueda traer, debemos proceder, digo, sobre la base del sincero reconocimiento de todas nuestras deficiencias, sin baladronadas de ningún género. La Universidad de Oviedo no las ha tenido; ha procurado constantemente hacer entender que ella no tenía la pretensión de ser un modelo en ningún orden intelectual ó pedagógico, ni representar tampoco una aspiración absorbente, como si tuviese fuerzas bastantes para pretender esto, dado que la pretensión fuera lícita y fuera prudente tenerla. Es preciso que persistamos en esa base, que partamos de ella; pero, á la vez, es necesario que, con igual sinceridad y franca modestia, contestemos á las preguntas despectivas de

algunos extranjeros y al pesimismo de algunos españoles, que hacen preguntas como aquellas que yo oí cuando salía de mi patria: «¿Qué es lo que va á hacer España, qué es lo que puede ofrecer España en el orden intelectual á los pueblos americanos?»; es necesario que, ante esas preguntas que implican una negación anticipada, afirmemos la posesión de obra intelectual propia que ofrecer, más ó menos profunda, pero al fin y al cabo obra útil, que puede injertarse en el tronco de la cultura de los pueblos americanos. Después de todo, el que esa obra no sea igual en todos los órdenes; el que no podamos ofrecerla de igual manera y con los mismos resultados prácticos en todas direcciones de la vida intelectual, es cosa que ocurre en todos los países. Unos desuellan más en ciertos órdenes de estudios; otros, en otros. Hay notas características y exclusivas en el espíritu de los pueblos; cada cual ofrece lo que tiene; lo esencial es no tener pedantería ni pesimismo que desdeñen la obra propia por miedo pueril á parecer inmodesto; porque sería incluso faltar á un deber de humanidad el que cada cual viniese á excusarse, por exceso de modestia, de aquello que respetuosamente puede ofrecer á los otros como obra de su espíritu, con que quiere contribuir á la civilización humana.

Y precisamente ocurre con nosotros que lo que más nos puede ligar con el espíritu de las naciones hispano-americanas, aquello que puede producir una intimidad más grande, porque se refie-

re á las notas fundamentales é íntimas del alma de los pueblos, es lo que está aquí más cultivado, lo que tiene más tradición, y en lo que nosotros podemos ofrecer mayor número de elementos para la obra de una colaboración intelectual. Así ocurre con el Derecho, el cual tiene, como todo el mundo sabe, una orientación general, resultante de una mentalidad jurídica especialísima, común á todos los países hispano-americanos, los cuales poseen además en su legislación elementos positivos que han tomado de España, que continúan tomando de España, y que, á veces, no son más que el mantenimiento ó resurrección, en algunos casos, de las leyes de Indias que nosotros dimos, y que todavía están vigentes en algunos asuntos. Tenemos el campo de la Historia, en el cual se hallan de tal manera enlazados los hechos de unos y otros países, que el español que estudie la historia de España á partir de fines del siglo xv, no podrá menos de estudiar también la historia de América, así como el americano, al remontar en sus orígenes como pueblo moderno, habrá de internarse en la historia española. Y lo mismo ocurre con el sentido ético que yo creo que tiene nuestra civilización y nuestra manera de entender la vida y de ver en ella la relación entre los hombres, con características perfectamente diferenciadas de las que pueden distinguir la vida y la orientación de este orden en otros países: sentido dentro del cual se puede encontrar mucho que es fundamental para la existen-

cia de los pueblos, y cuya depuración trae aparejada la depuración también de las fuerzas substanciales en la esfera moral, sin la que las naciones bien pueden prosperar materialmente, pero no representarán de una manera sólida, robusta, un factor esencial de la vida de la civilización, que sobre todo debe reposar en el cultivo del orden moral, en el cultivo de los sentimientos que se refieren á la vida doméstica, á la relación de familia y á la estimación general de la dignidad y el derecho de los hombres. Y como ocurre con esto, ocurre con la organización social, en que podemos decir sin jactancia que España ha adelantado mucho estudiando de una manera profunda, serena, ecuánime, la serie de cuestiones que englobamos bajo el nombre de problema social, trabajando seriamente en su resolución razonable y pacífica, ejercitando iniciativas sinceramente organizadas y presentando ejemplos recomendables de legislación. Y no digo nada de la literatura y de las artes bellas, porque la importancia y la influencia de estas cosas no se han discutido jamás. Esa misma explosión de hispanismo que ha seguido en los Estados Unidos á la exposición de obras de arte de dos grandes pintores españoles, prueba que esto que digo no es chauvinismo, sino pura y sencillamente reconocimiento de un algo que está en la realidad de los hechos. Y aún podría añadirse sin inmodestia, á todos esos elementos, el de una doctrina pedagógica española que puede hombrearse con

la más progresiva de cualquier otro país, y cuya práctica y cuyos frutos, allí donde se ha implantado, marcan direcciones educativas que ninguna persona enterada de estas cosas desdeñará, y que yo he visto apreciar muy justamente en los pueblos de América.

Pues bien, decía yo: todas estas cosas que se enlazan íntimamente con la vida social, con el presente y con el porvenir, y con lo más hondo, fundamental y plausible de la vida de los pueblos hispano-americanos y del español, esto es precisamente aquello en que nosotros podemos ofrecer condiciones ventajosas y un elemento útil y aprovechable para nuestra colaboración en la obra intelectual y en el intercambio universitario entre España y América. Pero, además, en lo general, en aquello mismo en que España no sea más (hoy por hoy, y salvo individualidades que son excepciones personalísimas) que una imitadora de las corrientes intelectuales de otros países más avanzados, nosotros, inevitablemente, quieran ó no quieran los hombres, constituimos, con relación á los pueblos hispano-americanos, el órgano de comunicación más perfecto para que la corriente entera del pensamiento, pasando á través de nosotros, sea presentada en condiciones asimilables, aprovechables hasta lo último y más íntimo, por aquellos pueblos que hablan nuestro idioma. Porque el idioma, como todo el mundo sabe, no significa solamente la comunidad de una serie de palabras, sino la comunidad de una men-

talidad entera, la cual lleva dentro de sí (aparte la significación general que puede encontrarse en los diccionarios para cada una de las palabras) cierto sentido profundo que sólo habiendo nacido en el ambiente de donde ha brotado la palabra, puede entenderse y penetrarse; sentido íntimo y profundo, que siempre será negado al extraño, á aquel que no haya sido educado, que no se haya amamantado en sus primeros días con la leche del idioma que hablamos. (*Muy bien.*)

Y eso, que nos da una gran superioridad sobre otros países de lengua distinta, constituye, repito, una ventaja grande en la relación con los pueblos hispano-americanos. Ellos lo saben bien, y por eso en diferentes países me han manifestado, como uno de sus deseos, como una de sus aspiraciones más vivas, la de que España emprendiese en mayor escala la traducción de obras extranjeras, de todas las obras que representen el pensamiento moderno, y de que fuesen las traducciones fieles y completas; porque los hispano-americanos, por movimiento natural, han de acudir primeramente, para ponerse en contacto con el pensamiento ajeno, al texto español, que así viene á representar el centro de comunicación con las literaturas y la ciencia de todos los países.

Lleva esto consigo dos problemas. De una parte, el que nosotros nos preocupemos hondamente de esta función que podemos representar en cuanto órganos de comunicación entre los pueblos cuyo idioma no está muy difundido por el mun-

do y que tienen, sin embargo, tantas cosas que enseñarnos, y los países que hablan el nuestro y donde todavía las traducciones de obras serias no son numerosas, y que durante mucho tiempo tendrán que valerse de los traductores españoles. Y esto tenemos que hacerlo con espíritu alto, desinteresado, patriótico, pensando que en aquel momento quien trabaja y traduce no sólo está ganándose unas pesetas que le son necesarias para la vida, sino que está ejerciendo de verdadero funcionario público, en representación de la raza, en representación de la patria, y haciendo algo que, si está bien hecho, puede ser uno de los elementos de penetración del espíritu troncal, y si mal hecho, un descrédito para las manifestaciones intelectuales del país. Y adviértase que si no lo hacemos pronto y bien, lo harán por nosotros (como ya comienzan á realizarlo) los franceses, los alemanes y los norteamericanos.

El segundo problema que hay en esto, es la divulgación de nuestro libro en América, colocándolo en posibilidad de que circule fácilmente y sea comprado en condiciones económicas tales, que pueda llegar hasta los últimos lectores de la escala social, aquellos en los cuales el afán de la cultura es vigoroso, pero no va ordinariamente unido con la posesión de medios económicos para ser satisfecho. Porque yo me he encontrado, señores, con el hecho, no sólo de que los libros españoles cuesten, á veces, cantidades exorbitantes en relación con el precio que tienen en Espa-

ña, sino que sea imposible muy á menudo encontrarlos; y en algunos sitios, como en Chile, me han dicho profesores de la Universidad: «Señor, á nosotros nos es más fácil adquirir libros españoles pidiéndolos á Friburgo ó á París, que por el intermedio de los libreros corresponsales de los madrileños ó barceloneses.»

Este es un hecho que no admite réplica, pero ante el cual debemos hacer algo; porque si nosotros permitimos que los órganos de comunicación de la cultura europea sean los centros extranjeros, vamos inmediatamente á lo que ya se anuncia de una manera clara en América: á que los libros españoles sean impresos en el extranjero, y de allí enviados directamente, y nuestras librerías mueran, y, por tanto, nuestra intervención directa se pierda completamente.

Pero el libro no basta. No hay nada que pueda sustituir á la impresión personal de las cosas, á la visión directa de la realidad. Es, pues, preciso, si queremos hacer obra americana de colaboración intelectual, si queremos rehacer, como decía ayer, la unidad moral de la raza, el tronco hispano, es preciso que vayamos á ellos.

Hace muchos años, cuando prologué cierto libro argentino, decía: «Llevo algún tiempo ocupándome de la psicología de mi país, pero tengo todavía en este punto ideas poco seguras, porque me falta el conocimiento de una parte del problema; pues por mucho que conozca el alma de la Península, no conozco más que la mitad del

alma española, cuya otra mitad está más allá del Atlántico.» (*Muy bien, muy bien.*) Pero no se puede ir allí como ordinariamente se va; es preciso ir preparado para ello, es preciso que nosotros preparemos á las gentes que hayan de ir á la América con una serie de conocimientos inexcusables, necesarios, para que su actuación ó su residencia, por muy breve que sea, obtenga todos los resultados que deseamos obtener, y para que no demos el espectáculo de ir absolutamente limpios de aquellas nociones elementales necesarias para comprender un país y aun para trabajar en él con provecho. El no hacerlo así indicaría, por nuestra parte, una falta de interés y una desconsideración respecto de aquellos países que vamos á visitar, y nuestro castigo sería vernos arrollados en la competencia con otras emigraciones.

Por último, es preciso que nosotros ofrezcamos ocasiones y motivos para que los hombres trabajadores y la juventud estudiosa de las Repúblicas hispano-americanas, vengan á laborar en nuestro suelo, dentro de nuestra España, y se pongan en comunicación con nosotros.

Tales son los tres grupos de medios con que, de momento, podríamos cumplir la obligación en que estamos de responder á la manera espontánea y franca con que América se ha ofrecido á nuestra acción y está dispuesta á entenderse con nosotros en el orden intelectual. Detallaré el contenido de esos tres grupos.

En primer término, tenemos el intercambio de

profesores. Esta es una institución tan difundida ya en el mundo, que no necesita explicación ninguna. Se ha establecido entre Universidades españolas y francesas, y hay también un principio de ella entre Universidades españolas (ó por lo menos, entre universitarios españoles) y Universidades norteamericanas. Se trata, pues, de llevar esto, que es conocido, á la América latina.

La Universidad de Oviedo pensó en ello antes que en nada, y la misión que me encomendó tuvo por base el deseo de que un profesor suyo predicara con el ejemplo el hecho mismo del intercambio, la comunicación entre el profesorado de uno y otro mundo. Pero este intercambio de profesores, ¿cómo se ha de organizar? Mi opinión sería esta: Yo creo que el intercambio debe ser una obra completamente universitaria, que entable, gestione y organice cada una de las Universidades españolas con cada una de las americanas, como hasta ahora se ha hecho y se hace en todo el mundo. Y esto, por tres razones: en primer lugar, para darle á esta función docente toda la autonomía que necesita; en segundo lugar, porque cada Universidad sabe mejor que nadie cuáles son los elementos reales de que puede disponer, y está en condiciones insustituibles de seleccionar su personal en relación con las necesidades de la Universidad á la cual va á ir, debiendo gozar para ello de una independencia superior á la que supondría la intervención de cualquier poder central, que, aun cuando bien intencionado, no

siempre conoce las necesidades y las interioridades de cada uno de los centros docentes; y, en fin, porque este sería un estímulo para que iniciasen, por propio esfuerzo, nuestras Universidades españolas su vida de relación con las hispano-americanas; ¡que no estamos tan sobrados de estímulos espontáneos, para que neguemos una ocasión más de producirlos, ni es bien que todos los días suspiremos por autonomías, para cerrarles el camino en la primera ocasión!

Hay que advertir, sin embargo, respecto del intercambio y de lo que puede originar, que no es, en manera alguna, una ocasión de lucro. Todo el mundo sabe que la profesión docente no es una profesión de ricos, sino de pobres, y el trabajo intelectual en ninguna parte del mundo, salvo excepciones raras, está considerado y pagado como el trabajo manual, el *económico*, ó el de las ciencias aplicadas. Y es preciso entender que, tal como se halla establecido el intercambio, no constituye, repito, una ocasión de lucro para el profesor que lo ejerce, y por lo tanto, que todo género de aspiración que intente salir del campo desinteresado, ideal, científico, en que debe moverse aquella institución, queda descartado por sí mismo.

Pero es claro que si la obra (en su iniciación y en la selección del personal, en las relaciones y en el establecimiento del género de estudios que han de darse en cada una de las Universidades que cambian) debe ser siempre, fundamental-

mente, una obra universitaria, también es cierto que las Universidades españolas carecen de medios materiales para realizarla, como todo el mundo sabe, y que necesitarán, pues, para esta función (que se acumularía á las anteriores suyas), un auxilio del Estado, un socorro dedicado especialmente á recibir y alojar dignamente á los profesores de las Universidades hispano-americanas que viniesen á dar aquí conferencias ó cursos breves.

Sabido es que en el intercambio hay, por lo que hace á este punto, dos sistemas: uno consistente en que los gastos del viaje y estancia los pague la Universidad que envía el profesor; y otro, en que esos gastos los sufrague la Universidad que lo recibe. Cualquiera que sea de ellos el que adoptemos nosotros, traerá gastos; si el segundo, los dispendios serán superiores á los del primero; pero necesario, indispensable es que las Universidades dispongan de fondos, de créditos en los presupuestos generales de la nación, los cuales, aplicados y justificados debidamente, les permitan recibir bien, tener con todo el decoro necesario y alojar al profesor extranjero que viene á dar conferencias ó cursillos. Aun en el caso de que adoptemos el primer sistema, aun en el caso de que sea la Universidad que envía el profesor la que pague los gastos de éste, necesitamos dinero para aquellas atenciones y cortesías que son inexcusables, aunque venga el profesor extranjero con todos los gastos satisfechos. Esto, ade-